

La Presidenta Resignada

MIENTRAS los partidarios del Gral. De Gaulle se ajetrean en los planes de una compleja y ruidosa campaña presidencial —suponiendo que en el último instante el propio candidato no se decida por referendum a los que se ha mostrado aficionado—, Mme. De Gaulle, resignada ante la perspectiva de pasarse otra larga temporada en el Palacio Eliseo, se encamina a lo de Coco Chanel.

Entre los preparativos de la campaña, que comprenden la visita, durante 21 días, a la Francia entera —63 ciudades, tres discursos por día, un tren especialmente diseñado para transportar con el máximo de rapidez y confort al presidente y su comitiva— se incluye la aparición, única personalidad en el estrado, al lado del general, de su mujer. La idea no es mala, en ningún sentido. Ivonne De Gaulle a la distancia, inspira respeto y simpatía. Menuda, discreta, incapaz de llamar la atención, es la sombra de su marido (una sola sombra: el general mide dos metros). Sin embargo, los asesores de esta nueva promoción degaullista, consideran que Mme. De Gaulle es, quizá, demasiado discreta. Y le han recomendado que se dé una vuelta por los talleres de la rue Cambon, donde la famosa maga de la alta costura, a los 80 años, es capaz de realizar en ella misma y en toda mujer que se ponga sus vestidos, el milagro de un encanto sin edad, ni tiempo, perfecta combinación de gracia y de buen gusto.

Sí; evidentemente, gracia, le hace falta a Mme. De Gaulle, siempre vestida de negro o de gris, ni fea ni bonita, de la cual no se conocen ni frases espirituales, ni opiniones propias acerca de nada; pero virtudes morales y domésticas le sobran. Desde que conoció al entonces capitán De Gaulle —sin dinero, ni fama, ni porvenir— en 1920, en una reunión familiar, durante la cual, el joven militar volcaba una taza de té en sus faldas (se casaron cinco meses después) Ivonne Vendroux, la segunda



de los cuatro hijos de una familia de la alta burguesía normanda, ha vivido consagrada a su marido, a la carrera de su marido, a sus hijos, a sus nietos, sin que ningún periodista, ningún fotógrafo hayan podido descubrir en esta mujer, otra cosa que una perfecta ama de casa y madre de familia, la clase de mujer que no habla sino de ropita para bebés, dulces caseros, su añorado jardín de Colombey-les-deux-Eglises (donde los De Gaulle tienen una confortable aunque no lujosa mansión de campo), o de atender en la mejor tradición familiar, a sus invitados.

En una palabra, Mme. De Gaulle no tiene ni la cultura de Lady Churchill, ni la energía de Mrs. Roosevelt, ni el encanto de Mrs. Kennedy. Con ella no pueden hacerse repor-

tajes sensacionales, y, cuando llega el momento de dedicarle espacio en los diarios, hay que sacar a relucir adjetivos que parecen pasados de moda: digna, modesta, recatada...

Compañera inseparable del general (que la llama su mejor soldado) desde los momentos difíciles del exilio en Londres o en Argel, durante la última guerra, o en los viajes oficiales al exterior, en los últimos tiempos; dedicada al cuidado de su hija Ana, inválida de pequeña, Ivonne De Gaulle no ha tenido tiempo para ella misma. Cuando Ana murió, en 1948, a los 19 años, su desconsuelo se manifestó generosamente, en la creación de un establecimiento para la atención de las niñas pobres, que padecieran de la misma enfermedad que su hija.

En la reja de un castillo del valle de Chevreuse, figuraba un cartel: "Fundación Ana De Gaulle". Hoy en día, la placa no está más. Apenas el general se convirtió en presidente de la República, Mme. De Gaulle, por modestia, por discreción, la hizo retirar. Pero ella continúa yendo varias veces por mes, a ocuparse directamente de las 36 muchachas internadas.

Sus hijos casados, rodeada de sus nietos y sobrinos —todos la llaman la Tía Ivonne—, sería feliz si el general se retirara de la política y se dedicara, en Colombey-les-deux-Eglises— a escribir el cuarto tomo de sus memorias. No tiene mucha chance. Por eso es que, detestando profundamente la vida oficial, los compromisos mundanos, las apariciones en público, Mme. De Gaulle se apresta a secundar en una nueva etapa a su marido. Y cuando se baja de su D. S. negra, conducida por un chofer en uniforme común, sin escolta alguna, y entra con su paso rápido, casi furtivamente, en lo de Chanel, no está, como cualquier otra mujer lo estaría, dispuesta a pasar un buen momento, sino dispuesta, una vez más, a cumplir con su deber.